

La morfina de España

Madrid, 1905.

«Oro, seda, sangre y sol»: es la corrida de toros. Madrid está de fiesta. Oro en las cabelleras, seda en las mantillas, sangre ardiente en los corazones y sol en todas partes.

El toro es una emoción viviente. Es fuerza desplegada sin frenos; irrupción de catarata, plenitud de marea, desgranamiento de avalancha, violencia de rayo. El cordaje de sus músculos parece rechinar estremecido por el impulso. Vuela hacia la capa roja como sobre un imán: diríase que tiene la bestia entrañas de acero. Nadie obsta su paso. Llena la pista como un señor feudal antiguo, desafiando á todos, con mirada y con desplante que envidiaríale una severa deidad asiria. Por momentos parece encarnación de todas las pasiones, ceguera de todos los ideales, inconsciencia de todos los ensueños, tan seguro está en sí mismo, ajeno á la infidencia de las picas y espadas que le acechan. Heroicamente, como dardo que parte de un arco tendido por invisible mano, el toro irrumpe unánime cuando estallan los oscuros resortes donde conspira su instinto. Así una ola, enrespada por el ciclón, va á romper su aborujada cresta contra la negrura de las peñas.

En pocos instantes la realidad le acoyunda. Los

adversarios son muchos; contrastan su fuerza con la astucia. Ofrecen á su ímpetu gallardo el carmín de las capas, movedizos escudos que defienden la osada fiera de los bustos resplandecientes de oro y plata, de borlas y colores. Cuando consigue amedrentar á la trailla humana, cuyo poder sólo está en el número y en el engaño, los capeadores desaparecen ágilmente tras la barrera; él, en su ceguera de ilusorios heroísmos, pone el furor de innúmeras cornadas sobre las tablas crujientes de admiración. Así un glorioso manchego—toro del ideal, á su manera—esparció en otra edad sus lanzadas sobre insensibles aspas de molino.

El capeo fatiga al animal; la suerte de pica le empurpura. La ira le enloquece cuando siente manar de su carne la sangre cálida, por heridas copiosas como rojas Castalias. La sangre tiene elocuentes esplendores sobre su antepecho; parece una beligerá condecoración. De lejos, cuando el toro corre veloz, el manchón de sangre semeja el tapiz carmesí de una dogaresca veneciana tendido sobre la quilla de un Bucentauro que vuela á todo viento. A ratos se cuaja en pedazos la hemorragia, como si á la sangre le remordiera abandonar las arterias donde solía pulsar robustamente.

A cada paso del animal vuelcan nuevos borbotones las heridas; cada una parece un ojo por donde llora el coraje en lágrimas sangrientas. Y lloran sin cesar, á cada movimiento, cuando el torero lo instiga con su capa, cuando el público aplaude su valor absurdo ó silba su instintiva prudencia, cuando la música anuncia el cambio de la suerte. Las banderillas le encuentran ya cansado; se desconcierta visiblemente al sentir que la certera mano enemiga le empavesá con la gala trágica de sus pares multicolores.

Después, cuando está ablandado por la fatiga, el espada comienza á ejercitar su esgrima audaz. El toro embiste y muere, admirable Don Quijote del impulso, rey Lear de su raza.

* * *

El beluario—Bombita, Fuentes, Algabeño ó Machaquito—tiene momentos sublimes. Hay en él gracia de artista y temple de antiguo espartano. Su gesto, cuando es exacto, supera las más hermosas actitudes ciranescas, vale el de cualquier *Discóbolo* griego. Los magníficos emperadores de la antigua Roma hubieranle proclamado semidiós. Canova habría podido extraer del mármol un «torero que entra á matar» digno de sus intensos «luchadores», que parecen divertir á *Perseo* en el Belvedere. Falta esa obra maestra en la escultura: la piedra ó el bronce de ese gesto soberbio, síntesis del arrojo y apoteosis de la temeridad. En él tendría su icono el «culto del coraje», si llegara á instituir ritos. La pintura ha vertido cien veces en la tela esta silueta del espada señalando al toro; pero es inferior á la escultura tratándose de expresar un bello gesto.

El toro, preparado por el hostigador mariposeo de las capas, afebrado por la irritante crueldad de picas y banderillas, acude á la muleta que le invita. Mira, husmea, atropella, vuelve sobre sus pasos, cornea á diestra y siniestra, arrastrado por el trapo rojo que cosquillea su retina. De pronto se cuadra, junta las manos, separa las extremidades posteriores y se prepara á embestir. Es el momento propicio.

Frente al toro, como para iniciar un supremo diálogo de vida y de muerte, el beluario tiende su

muleta con la mano izquierda, á la altura de la ingle. Su pie derecho, atrás, asentado transversalmente, sirve de resorte á todo el cuerpo, que va á caer como una flecha sobre la bestia. El pie izquierdo, ligeramente vuelto hacia la derecha, apoya apenas sobre el suelo y juega un papel secundario ó pasivo en la ejecución de esta suerte.

El matador levanta su brazo derecho—que forma una sola pieza con el arma reverberante bajo el sol—hasta la barba, un poco más alto que el hombro: el acero, como una sentencia, apunta á la robusta cerviz. Un alma animosa peligrá sobre su empuñadura y un alma irreductible agoniza bajo su punta. El toro acepta el envite, asienta sus extremidades, baja la cabeza y entra.

El matador entra simultáneamente. Su estocada lleva una rapidez de fulguración, su brazo se inmerge entre las astas del toro y el hombro parece estar sobre su testuz. La hoja ha penetrado entre las vértebras, hasta la empuñadura. El torero está á la derecha del animal, incólume, sin que haya tiempo de ver cómo salió de entre las astas terribles. El bruto queda trastabillando, fluye sangre de su boca, flaquean sus patas, da pocos tambaleos y cae. Treinta mil palmas celebran con frenesí el triunfo del beluario, doble tributo á su arte y á su valentía.

Tal es la estocada «á volapié», creación del eminente Costillares. No siempre la acierta el espada; pero cuando el golpe es bueno se siente una profunda emoción de belleza por el gesto y de respeto por la corazonada.

Cabe una observación: existe el peligro de que el profesional mate al artista, lo mismo que en esgrima. El problema no es matar de una estocada, sino matar con arte. Así como el esgrimista no

debe ser un simple tocador, el espada no puede limitarse al puesto subalterno de matador; todo su talento debería encaminarse á la conservación de la bella apostura durante la suerte y al envío de la estocada envuelta en un bello gesto. Ya que no es posible exigirla en un soneto, como si la enviara Cyrano...

Entonces, además de encontrar un Canova para su mármol, surgirá un cantor homérica; y Gabriel D'Annunzio podría señalarle como arquetipo de beluario en sus *Loas de los héroes*. Merecidamente.

* * *

Todo hombre extenuado por la anemia ó por el dolor, cuando un morbo roe su entraña dolorosa ó su viscera incurable, cuando la energía desmaya en sus carnes escuálidas, cuando su cerebro pierde el gobierno de la máquina humana, busca dos cosas: acicate para su vitalidad insegura é insensibilidad nebulosa para ahogar su dolor en la inconsciencia.

Sus horas pasan así, entre artificios estimulantes y languideces consecutivas, alternándose los unos y las otras hasta lo infinito.

Todos los agotados poseen su agradable veneno. El poeta gastado reanima su llama, parpadeante ya, con el verde tósigo de su ajeno. El viejo exhausto busca paraísos artificiales en frágiles excitantes que renuevan estremecimientos fugitivos. El luchador acoquinado pide al alcohol la sensación completa de su yo vacilante, para centuplicar el coraje perdido. El escritor tiene el tabaco para el cerebro cansado; el financista lubrica con té ó café su engranaje mental enmohecido por los cálculos; el amante compensa con la estriguina su

asiduidad imprevisora. Todos fomentan esa ficción de la propia energía, contentándose con la sombra de un gesto que no existe.

El simil fuerza la idea. Este pueblo que se apiña y se excita en el populoso tendido, bajo el sol meridional, que pone luz y fuego en las graciosas mantillas y hervores de fiebre y de sangre en los corazones, es un pueblo enfermo de inercia. Conserva el labio propicio á la amable sonrisa y á la algazara bulliciosa. No es la risa plena y sonora que llena la boca del hombre sano y fuerte: más bien recuerda la alegría optimista del tísico en visperas de partir. Pero le falta lo esencial: la voluntad, la aptitud para la acción organizada y persistente.

«Todo, menos trabajar; esta es la teoría española, y sobre todo, la madrileña», dice Eusebio Blasco, escritor ibérico y ultramadrileño. Y en efecto, en Madrid la mayor fatiga es holgar. El sol se llega todos los días á inundar de esplendores meridianos la puerta homónima, para acalorar la eterna cháchara de los matritenses; el sol es gratuito y sale para todos; la conversación es libre y gratuita también. A este pueblo le bastan la risueña sonrisa de su cielo, los ojos de las mujeres, su ingeniosa frivolidad epigramática, alguna aventura de novela picaresca y su propio carácter, amable en grado sumo, para vivir sin preocupaciones seis días de la semana; más bien dicho, con una sola preocupación: la morfina del séptimo día. En la plaza de toros está el veneno que excita el alma de la raza, llena ya de languideces y nostalgias. El valor dormido ha siglos, el de las grandes horas históricas, parece despertar en la bravura aparente de los gritos, los aplausos, los tumultos: diríase que una partícula de Cides y Pelayos permanece toda-

vía en esos corazones enfermos de pereza. El alma popular se reanima en la corrida, como una rama invernalmente triste se enfronda bajo la tibieza de un mediodía estival.

Conociendo al pueblo español, nadie osará suprimir los toros en España. ¿Para qué? Sería cruel, inhumano, condenar á este enfermo á vivir sin su agradable morfina. Los toros le son indispensables, como al francés el ajeno y al inglés el whisky. Ningún torero traicionará jamás á su pueblo, trocando la calle de Alcalá por el camino de Damasco.

* * *

Declamar contra los toros, desde lejos y sin conocerlos, es una de tantas ingenuidades propias de hombres que desean demostrar á los demás su espíritu de progreso y su afán de componer los innumerables entuertos humanos. La verdad está en los hechos y no en las doctrinas aprioristas; cada pueblo tiene enfermedades que le son propias y se busca los remedios ó paliativos que mejor le cuadran. Ese es el criterio moral del asunto.

El criterio estético no admite disyuntivas. Quien guste de bellezas y de emociones, quien admire el gesto y el valor, vaya á España y asista á una buena corrida. Diga después su impresión, honestamente, como si no temiera ser oído, con el nihilismo moral indispensable para ser sincero, sin sujetarse á preocupaciones y á sentimentalismos.

Ese hombre libre podrá afirmar que la morfina de España produce una emoción magnífica, en la cual se funden la alta voluptuosidad de la belleza y la vigorosa embriaguez de la energía.

Huelga demostrar que los pueblos jóvenes y fecundos no necesitan morfina.

El impuesto del mar

Sobre el Océano, 1905.

Impelido por la hélice trepanadora, el monstruo surca la salmuera violenta, abanicado por brisas tibias, bajo un sol implacable. Nubes coquetas, de tono ceniciento, obstan sus rayos meridianos. Las más próximas proyectan sombras violáceas sobre el azul vidrioso de las olas: diríase que entre ambos trópicos flotarían errantes islotes de violetas inmarcesibles, esparcidas por mano ignota sobre la mole de agua que atesora tanto misterio de suicidios y naufragios.

Bajo la superficie oleosa contonéanse gravemente las mareas; hay, debajo, un incesante desfile de olas pesadas, amplias como gestos de antiguos oradores griegos. Así, serenamente majestuoso, con su ritmo pujante disimulado tras la aparente mansedumbre, el Océano parece mostrar en cada comba el golpe de remo de un argonauta legendario; y resulta magnífico, soberbio como el silencio de una multitud amenazadora no encrespada aún por el ciclón de pasiones sin freno, como el rebalsamiento de ígnea lava que ya no contiene el cráter y paso á paso calcina las faldas y los valles.